

# Ordenación de Diáconos

## Homilía

12 de marzo de 2022

Lecturas: Filipenses 1, 1-11; Juan 13, 1-15.

✠ **Mario Aurelio Cardenal Poli**

Queridos fieles y queridas familias que hoy acompañan a sus hijos:

Con la proclamación de la Palabra, hemos iniciado el antiguo rito de la Ordenación Diaconal y por eso, los invito a elevar juntos una profunda acción de gracias para unirnos como Iglesia porteña, ya que somos testigos de este don que nos viene de las manos de Dios Padre, fuente de todo bien.

Las palabras del Evangelio de San Juan nos ayudan a recrear lo acontecido en la Última Cena de Jesús con sus discípulos, aun cuando la institución eucarística quede en silencio, porque ahí ha comenzado el camino a su pasión. Es la hora de su vuelta al Padre, la «gloria de Jesucristo», movido por un amor hasta el extremo hacia la humanidad. En ese encuentro que precede a los violentos momentos de su martirio, ante el asombro de sus apóstoles, el Maestro ha decidido hacer un gesto de anonadamiento mientras celebran la primera Eucaristía: Él se arrodilla y les lava los pies. La liturgia del Jueves Santo incorporó este sublime servicio en la celebración de la Cena del Señor, y nos hace comprender que toda la existencia de Jesús, la Palabra hecha carne, eligió la vía de la humillación para la salvación de la humanidad.

Luego el gesto se convierte en misión: «Les he dado el ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes» (Jn 13,15). Estas breves palabras que siguieron a ese acontecimiento, definen la auténtica autoridad en la Iglesia: «El que quiere ser el primero, debe hacerse el último de todos y el



servidor de todos» (Mc 9,35). En los primeros pasos de la siembra evangélica, los apóstoles, inspirados en el único sacerdocio de Jesús, no dudaron en instituir el sacramento de los diáconos para el servicio de las mesas (cfr. Hch 6). Desde entonces, la Iglesia elige a hombres «llenos del Espíritu Santo y de sabiduría» (Hch 6,3), deseosos de imitar a Jesús manso y humilde de corazón, con entrañas de misericordia, capaces de actuar con benignidad y comprensión para con todos, en especial con los pobres y enfermos. En sus manos recae la responsabilidad de



que no falte el pan para la vida en la mesa de los pobres, a la vez que harán lo posible para que todos puedan compartir el Pan de Vida en la mesa del altar, anticipo del banquete celestial. De ahí que la espiritualidad diaconal no será otra que la del «servicio de las mesas», con la que hacen presente la sublime caridad de Cristo.

Entre tantas enseñanzas durante su ministerio público, esos instantes que lo recuerdan a Jesús arrodillado, quedaron como una imagen inspiradora en la conciencia de la Iglesia misionera a la hora de presentarse ante los pueblos como servidora de la Buena Noticia de la salvación. La tradición consideró a la diaconía como constitutiva a la obra evangelizadora de la Iglesia que peregrina en la historia y cuya misión es la de hacer presente a Cristo, «que siendo de condición divina, sin embargo no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor» (Flp 2, 6-7).

El pasaje del Evangelio que hemos compartido ilumina esta celebración y también quiere ser un mensaje para nuestra vida hoy, porque es todo un signo en este tiempo favorable de la Cuaresma, que nos llama a la conversión, dejando que el Espíritu

Santo nos devuelva la mirada a lo esencial, a un cambio de mentalidad, para que la verdad y la belleza de nuestra vida no radiquen tanto en el poseer cuanto en el dar, no estén tanto en el acumular cuanto en sembrar el bien y compartir. Servir a Dios y al prójimo, liberados del pecado, hace madurar frutos de santificación para la salvación de todos (cf. Rm 6,22)<sup>1</sup>.

Seguros de hacer lo que la Iglesia quiere y para perpetuar la memoria de Jesucristo, diácono del Padre, estos hijos nuestros – Jesús Mauricio, Ignacio Agustín, Gonzalo y Hugo Rolando–, serán ahora promovidos al Orden Diaconal; por eso, es importante que consideren atentamente la función que van a desempeñar en la Iglesia.

El don del Espíritu Santo los fortalecerá para que ayuden al Obispo y a su presbiterio, anunciando la Palabra de Dios, actuando como ministros del altar y atendiendo las obras de caridad, como servidores de todos los hombres. Como ministros del altar, proclamarán el Evangelio, prepararán el sacrificio de la Eucaristía, y repartirán el Cuerpo y la Sangre del Señor a los fieles.

De acuerdo con el mandato recibido del Obispo, les competirá evangelizar a los que no creen y catequizar a los creyentes

1. Cfr. Papa Francisco, Mensaje de Cuaresma 2022



**Gonzalo Mordegliá**  
Díacono



**Hugo Rolando Portillo**  
Díacono



**Ignacio Agustín Leggieri**  
Díacono



**Jesús Mauricio Carides**  
Díacono

enseñándoles la sagrada doctrina. También podrán dirigir las celebraciones litúrgicas, administrar el bautismo, autorizar y bendecir los matrimonios, llevar el viático a los moribundos y presidir las exequias.

Consagrados por la imposición de las manos, practicada desde el tiempo de los apóstoles, y estrechamente unidos al altar, cumplirán el ministerio de la caridad en nombre del obispo o del párroco.

Con la ayuda de Dios, ellos deberán obrar de tal manera que los reconozcan como discípulos de aquel que no vino a ser servido sino a servir.

En cuanto a ustedes, queridos hijos, que serán ordenados diáconos, el Señor les dio el ejemplo, para que obren como Él lo hizo.

En su condición de diáconos, es decir, como ministros de Jesucristo, que se comportó como servidor de sus discípulos, cumplan de todo corazón la voluntad de Dios, sirviendo con amor y con alegría al Señor y a los hombres. Como nadie puede servir a dos señores, tengan presente que toda impureza y avaricia es como una esclavitud al servicio de los ídolos.

Es necesario que se comporten como testigos del bien y de la verdad que provienen



“Los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1)

del Espíritu Santo, a semejanza de aquellos hombres que eligieron los apóstoles para ejercer el ministerio de la caridad.

Que la fe sea el cimiento en el que se asiente la vida de ustedes, y que su conducta sea intachable, delante de Dios y de los hombres, como corresponde a quienes son ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios.

Nunca pierdan la esperanza que proviene del Evangelio, al cual deben no solamente escuchar sino además servir.

Conserven el misterio de la fe con pureza de alma, y practiquen en su vida la Palabra de Dios que anunciarán, para que el pueblo cristiano, vivificado por el Espíritu Santo, se convierta en una ofrenda pura y agradable a Dios, y ustedes puedan salir al encuentro del Señor, al fin de los tiempos, para escuchar de sus labios: Bien, servidor bueno y fiel, entra a participar del gozo de tu Señor”.

Queridos jóvenes: esta ordenación – así lo considero–, es un fruto del Sínodo

Arquidiocesano donde hemos renovado la convicción de ser Iglesia de la caridad en Buenos Aires, y en el cual hemos priorizado «acompañar con amor y de modo articulado la vida herida de los que sufren, en especial la búsqueda de integración y justicia de los más pobres». Que la letra y el espíritu del Sínodo sea la guía para vivir generosamente el don que van a recibir.

Tomando las palabras de San Pablo les decimos que «estamos firmemente convencidos de que aquel que comenzó en ustedes la buena obra la irá completando hasta el Día de Cristo Jesús».

Para que así se cumpla nuestro deseo, invocamos la protección de los diáconos que hoy comparten la comunión de los santos: que ellos los inspiren y guíen en el servicio a la Iglesia de Buenos Aires y que la Virgen Santa, la humilde servidora del Señor, les haga sentir su maternal cuidado en el camino de la vida.